

verdad incontrovertible para las personas de mi generación, lo bastante viejas para haber pasado parte, por lo menos, de nuestra infancia en compañía de los relojes de caja. Nunca nos parecieron éstos simples mecanismos. No eran desemejantes a los misteriosos y un tanto amedrentados parientes lejanos o amigos de nuestros abuelos, que hacían su aparición en Navidad o en semejantes ocasiones. Aquellos ancianos parecían medio humanos, medio mecánicos, y lo mismo les ocurría a los relojes.

Pero nosotros veíamos y oíamos mucho más que esto en los relojes. Carraspeaban, por así decir, antes de anunciar las horas. Parecían vigilarnos. Su *tic-tac, tic-tac*, gravemente deliberado, que parecía mucho más sonoro cuando nos hallábamos a solas con ellos, nos hacía preguntarnos qué sería lo que se marchaba con cada *tic-tac* del reloj, y prestaba al tiempo que huía una calidad significativamente audible. Además, cuando yo era muy pequeño y mi abuela se ocupaba de mí ocasionalmente, solía ella cantar a su manera una popular canción de *music-hall* de mediados de la época victoriana (aunque no puedo creer que la aprendiese en un *music-hall*) referente a un

reloj de caja que se paró, «para no marchar nunca más, cuando el anciano murió». Y esta simbiosis no me sorprendió en absoluto, ya que tenía yo la impresión de que aquellos relojes no tenían una existencia meramente mecánica, que, con su alto cuerpo de madera, compartían alguna clase de vida, semihumana, perteneciente quizá a gnomos y enanos, y de este modo podían haber experimentado simpatía y afecto por algunos de sus antiguos propietarios, aunque su actitud hacia mí fuese sospechosa y amenazadora.

El tiempo acaso pareciese extenderse ante mí como el imperio de Genghis Khan, pero ciertas dudas iban incrustadas en cada *tic* y ciertas advertencias en cada *tac*, y aquel carraspeo que precedía al sonar de las horas podía resultar ominoso. Por otro lado, el reloj de pared de mi abuelo que mejor conocía yo me mostraba un barco con todas las velas desplegadas, impulsado por fuerte brisa, pero que no iba a ninguna parte. Todo lo cual puede que explique la razón de que, sesenta años más tarde, un viejo escritor resolviese olvidar su falta de títulos y empezase a escribir un libro sobre *El hombre y el tiempo*.



A la derecha, un reloj de caja del siglo XVII, construido por Thomas Tompion, de Inglaterra. Los relojes de caja (con las pesas y el péndulo encerrados en una caja de madera) fueron introducidos alrededor de 1670, y pronto se convirtieron en un rasgo tradicional de la vida inglesa y en tema para canciones e historias. Arriba, una ilustración (tomada de *The Ingoldsby Legends*, una colección del siglo XIX de leyendas populares) muestra a un esposo negligente, perseguido por el espíritu de su mujer, en guisa de reloj de caja.

En muchos relojes de caja había intrincados y a veces curiosos detalles. A la izquierda, cuadrante «lunar» de la esfera de un reloj de caja del siglo XIX, dividido en los veintinueve y medio días de un mes lunar.

